

Alfonso Reyes y Monterrey

BANCAM quiere cumplir, con la edición de estos poemas sobre Monterrey, un doble y grato deber: honrar la memoria de su autor, el gran poeta y humanista mexicano don Alfonso Reyes, y, al mismo tiempo, rendir homenaje a la propia ciudad de Monterrey con la más hermosa evocación y alabanza que poeta alguno haya hecho del lugar de su nacimiento.

Se reúnen en el libro sólo once de los poemas —ciertamente los más significativos— que, directa o indirectamente, dedicó don Alfonso a su ciudad natal. En dos de ellos —Romance de Monterrey y Cerro de la Silla— la ciudad y su símbolo se constituyen efectivamente en el tema directo; en Sol de Monterrey, Glosa de mi tierra e Infancia la ciudad está implícita en el encomio a su gente o a sus cosas más características: flora, fauna, ambiente, luz. En los seis restantes, Monterrey está presente como marco o escenario de fondo —paraíso— de lo que el poeta narra o describe.

No se quiso aumentar el número de poemas con algunos otros que el mismo don Alfonso señala en Crónica de Monterrey 1, Albores, como correspondientes a la época de su infancia, porque, a diferencia de los once seleccionados, sólo contienen una referencia mínima, y en ocasiones remota, a la ciudad o a dicha época de su vida.

Inicialmente se tuvo la idea de unir a los textos en verso los textos en prosa referentes igualmente a Monterrey — Voto por la Universidad del Norte, Los regiomontanos y, por lo menos, las páginas más idóneas de Albores y de su Diario, 1911-1930. Tal idea se desechó en función de lograr una mayor ligereza y unidad en el libro, evitando la desigualdad cuantitativa de los materiales y la distinción estilística de los géneros. Puede pensarse, sin embargo, que de haber prevalecido el proyecto, se hubiese obtenido en compensación una impresionante muestra del lugar que Monterrey ocupó en el corazón de don Alfonso Reyes, al ser los textos en prosa un extraordinario refrendo de los textos en verso —“haz y envés de la misma tela”—: sólo dos vertientes

expresivas de una única verdad, sin duda una de las más entrañables de su ser.

Porque ciertamente es difícil encontrar otro poeta en el que el tema de la ciudad natal sea tan recurrente, cobre tal hondura y manifieste tan ostensiblemente el orgullo por la oriundez gentilicia. Esto motivó que se haya llegado a decir que

“Si todavía tiene validez en algunos pueblos y sitios, el culto onfálico, sin duda alguna es un ejemplo eximio el caso de Alfonso Reyes en quien se realiza la unidad del lugar de su nacimiento y el secreto de su nombre, con el ombligo que lo comunica al universo.”

(Raúl Rangel Frías, *Entre Alfonso Reyes y Monterrey*, en Alfonso Reyes, *Instrumentos para su estudio*, UANL, 1980).

Más acá del alcance del texto anterior, el amor ejemplar de don Alfonso a Monterrey ha sorprendido seguramente a quien esté familiarizado con la vida y la obra de nuestro autor, habida cuenta de que de los setenta años de su fecundísima existencia sólo unos cuantos vivió en Monterrey. Estos fueron prácticamente trece, divididos en dos periodos muy desiguales: uno, el de sus primeros once años —1889 a 1900, año en que su familia se traslada a México—, y el otro de fines de 1902 a principios de 1905, época en que vuelve a Monterrey e inicia en Colegio Civil de Nuevo León sus estudios del ciclo preparatorio. Fuera de estos dos periodos, sólo breves visitas a la ciudad: vacaciones anuales entre 1905 y 1909, y mucho tiempo después, visita de un día en 1924 y de siete días en 1927. A partir de esta fecha hasta el año de su muerte, 1959, estancias esporádicas, muy breves también, destacándose las de 1949, 1953 y 1957.

Si se piensa, pues, en las tres etapas en que suele dividirse la vida de don Alfonso Reyes: I, de su nacimiento a la muerte de su padre, esto es de 1889 a 1913; II, de su salida del país en ese mismo año de 1913 hasta su regreso definitivo a la patria en 1939, y III, de 1939 al año de su muerte, sólo en la primera, que cubre veinticuatro años, se puede hablar de residencia en Monterrey, y ésta se reduce en total a los trece años mencionados.

¿Cómo explicarse entonces la permanencia, la dimensión y la hondura de este amor esencial a Monterrey?

Una respuesta verosímil se sugiere con la historia sucinta de tal amor.

Las declaraciones escritas comienzan en 1911, dos años después de sus últimas vacaciones en Monterrey y dos años antes del trágico fin de su padre, el general don Bernardo Reyes, en la ciudad de México. De ese año de 1911 es el Romance de Monterrey, en el que expresa una suerte de juramento que cumplirá cabalmente en 1930, al publicar su Correo Literario:

“Monterrey de las montañas,  
tú que estás al par del río;  
fábrica de la frontera,  
y tan mi lugar nativo  
que no sé cómo no añadido  
tu nombre en el nombre mío.”

(Obras Completas, T. X, Constancia poética, FCE, p. 52).

La siguiente declaración, verdaderamente significativa, es de 1913 y es hecha desde París. El propio don Alfonso la denomina “himno a la casa Degollado”, la verdadera casa de su niñez:

“No he tenido más que una casa. De sus corredores llenos de luna, de sus arcos y sus columnas, de sus plátanos y naranjos, de sus pájaros y sus aguas corrientes, me acuerdo en éxtasis. De esa visión brota mi vida. Es raigambre de mi conciencia, primer sabor de mis sentidos, alegría primera y, ahora en la ausencia, dolor perenne...

En una continuidad de formas y de sonidos, mi mundo infantil pende de esa casa. Unidad primera, por ella he de medirlo todo...”

(Albores, México, 1960, p. 38).

Entre las fechas correspondientes a los textos anteriores, se da un periodo de zozobras y de angustias, de sobresaltos y presentimientos que culminan con la muerte dramática de su padre el 9 de febrero —“febrero de Caín y de metralla”— de 1913. Las anotaciones de su Diario correspondientes al año de

1911 son reveladoras de aquel drama vivido diariamente. Días aciagos son llamados por el mismo don Alfonso. Y cuando en el propio Diario alude a la muerte de su padre, exclama:

“Cuando vi caer aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay desde entonces una ruina en mi corazón.”

(Diario, 1911-1930, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 31),

expresión que se refuerza en el soneto referente al mismo hecho:

“Desde entonces mi noche tiene voces,  
huésped mi soledad, gusto mi llanto.”

(Obras Completas, T. X, Constancia poética, p. 197).

Alfonso Reyes deja México, en un exilio a medias voluntario. “No pude soportar tanta sangre y tantos errores —consigna en su Diario (p. 32)—. Me apresuré a presentar mi tesis para recibir el título de abogado, me dejé nombrar secretario de la Legación en París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913.”

Las razones de este exilio y sobre todo las profundas consecuencias anímicas de la tragedia vivida han quedado recogidas simbólicamente en una de sus más bellas obras, el drama poético *Ifigenia cruel*.

Ya desde su traslado definitivo a la ciudad de México en 1909, debió presentársele el contraste entre aquella vida azarosa y sobresaltada de la capital y los días sin nubes de su infancia en Monterrey donde su padre había ejercido, con el beneplácito de todos los habitantes del estado, la gubernatura de Nuevo León. Se hace comprensible que, en adelante, Monterrey sea visto y sentido por don Alfonso como un paraíso perdido y que su infancia y su casa Degollado queden decantadas en una imagen llena de luz y de alegría, de colorido y de sabor.

Si en *Saudade* expresa con un tono melancólico:

“Desde el Cerro de la Silla  
al pie de la Sierra Madre  
corre el hilo de tu cuna  
como un invisible estambre”  
(Constancia poética, p. 391),

y en el romance a don Juan Manuel Villarreal, director de la revista Don Segundo Sombra, de La Plata, afirma con cierto dejo de orgullo:

“Porque soy de Monterrey,  
lo más al norte de México”  
(Diario, p. 228),

en Salambona, dice a ésta como el más acendrado requiebro

“Ay Salambó, salambona,  
ya probé de tu persona!  
¿Y sabes a lo que sabes?  
(...)  
Sabes...  
al aire de mis montañas,  
donde un tiempo cabalgué.  
Sabes a lo que sabía  
la infancia que se me fue.”  
(Constancia poética, pp. 157-158).

Y en Albores reitera el peso afectivo de la huerta, los caballos, las montañas de Monterrey:

“...otras dos rejas —dice respecto a la primera— dan a la preciosa huerta llena de andadores, calzadas, canalitos de irrigación, tomas de agua, gallineros, aljibe, torres y pozo artesiano de molino; enorme huerta en que se podía tirar al blanco y correr caballos. Los pavos reales andaban de un lado a otro, dormían

de preferencia en las traviesas de la torre, y de vez en cuando me obsequiaban una pluma.”

(Albores, p. 37).

Respecto a los segundos, dice, citando a su hermano Rodolfo:

“Los caballos eran la predilección de mi padre, que siempre perteneció a la caballería.., y nunca olvidó que, desde sus más verdes años, el caballo fue su compañero de combate y alguna vez su salvador... Vivíamos entre caballos.”

(Albores, p. 13).

Y en relación a las montañas:

“Las montañas épicas de Othón! Mis montañas, plano de fondo y orientación para toda mi geografía.”

(Albores, p. 100).

Infancia, casa, patio, huerta, caballos, pavos reales, montañas forman parte esencial de aquel paraíso, que al ser visto nuevamente el 25 de septiembre de 1924, “tras mucho vivir en México y tras once años de permanecer en Europa”, no sólo no lo decepciona sino que le acentúa el amor y le enciende la admiración:

“La estancia de un día en Monterrey —consigna en su Diario (pp. 65-66)-- fue muy bien aprovechada... Me asomé con viva emoción a mi antigua casa... Paseé.., por Bolívar donde cae la casa.., en que yo nací... Saludé al Cerro de la Mitra, que mordía nubes entre sus cuatro dientes; vislumbré de la Sierra Madre, el Caído (donde está el Mirador)... y me deleité con el Cerro de la Silla, que cambia colores con las horas, precioso amuleto de la ciudad.”

Monterrey, curiosamente, le recuerda, en parte a Sevilla “por el color y las casas de inmensos patios y jardines a varios niveles con escalerillas de uno a otro, y hasta por la conjugación de plazas centrales”, y, por otra, a Bilbao, en

cuanto a su “aspecto fabril, el trato de la gente, el barrio del Obispado con sus lejos de Monte Igueldo”.

Más sosegada y desde luego más reveladora y mejor disfrutada fue la estancia de siete días en 1927. Recepciones y banquetes públicos y privados; cordiales visitas a todas las familias allegadas, a las industrias, a escuelas y colegios; excursiones a Villa de Santiago, Vista Hermosa, Cola de Caballo, el Mirador, el Obispado, la Huasteca. Durante todos aquellos días, el diálogo con el recuerdo alterna con la visión del presente de la ciudad y con los augurios más promisorios para ésta.

Dos hechos sobresalientes posteriores confirman el acendramiento del amor de don Alfonso a Monterrey. El 16 de marzo de 1930 anota en su Diario (p. 307):

“He escrito el prólogo de mi Correo Literario: Próposito. Se llamará Monterrey. Correo Literario de Alfonso Reyes.”

El 19 de junio del mismo año salió el primer número de Monterrey, llevando en el “indicador” (página 8), una viñeta con el Cerro de la Silla y la cuarteta que se haría famosa en todo el mundo:

“Hermoso Cerro de la Sía,  
quién estuviera en tu horqueta,  
una pata pa’ Monterrey  
y la otra pa’ Cadereyta.”

En ese Correo Literario, mediante el cual se comunicaba don Alfonso con sus amigos, intelectuales y artistas, de todo el mundo, se venía a cumplir aquella especie de voto del Romance de 1911: Monterrey quedaba añadido para el mundo y para siempre al nombre de Alfonso Reyes. Monterrey de Alfonso Reyes, Alfonso Reyes de Monterrey.

El otro hecho es la publicación de Voto por la Universidad del Norte (1933), en que don Alfonso deja, al lado de su pensamiento lúcido y preciso acerca de

la hermosa tarea y las graves responsabilidades de la nueva universidad, el vigoroso trazo de las virtudes de la gente de Monterrey, “la gente más adulta de México”, trazo que recoge diez años más tarde en Los regiomontanos, discurso pronunciado en el Pabellón de Nuevo León en la II Feria del Libro de la Ciudad de México de 1943. He aquí algunos párrafos de dicho discurso: En Nuevo León —dice—

“todo fue pugnacidad y ceño, duelo del hombre contra el medio. Un río casi seco, más que río camino de pedruscos, se hincha de pronto y produce inesperados desbordes. Monterrey ha sido inundada y reedificada varias veces. Tal es su fatigosa crónica.

Nada ha faltado a su grandeza. Ni siquiera, en los días aciagos de la invasión, la hazaña heroica y el sufrimiento valeroso. Allá se liquidó una etapa de aquella aventura sin gloria que, fuertemente castigada por la defensa regiomontana, prefirió en adelante escoger otras vías de penetración en el país. La ciudad se levanta luego de sus escombros. Pudo quedarse en categoría de campamento irregular, en pintoresca nidada del contrabando como las que cantan y aun exaltan nuestros corridos populares, rindiendo tributo a la virtud elemental del coraje y a la puntería de los rifleros del norte... Pero la excelencia de aquella gente y la atingencia de algunos inolvidables gobernantes acabaron por transformar la ciudad en la segunda capital del país, alzándola hasta la figura ejemplar que hoy ostenta”.

(...)

“El regiomontano, cuando no es hombre de saber, es hombre de sabiduría. Sin asomo de burla pudiera afirmarse que es un héroe en mangas de camisa, un paladín en blusa de obrero, un filósofo sin saberlo, un mexicano sin posturas para el monumento y hasta creo que un hombre feliz. Por cuanto no hay más felicidad terrena que la de cerrar cada noche el ciclo de los propósitos cotidianos, fielmente cumplidos, y el despertar cada mañana..., con el ánimo bien templado para las determinaciones saludables.”

(Obras Completas, T. VIII, Discursos, pp. 179 y 181).



Es justamente de este tercer periodo (1941) el famoso romance al Cerro de la Silla:

“Por mares y continentes  
y de una en otra región,  
si no alzado entre los brazos  
sí con la imaginación,  
llevo el Cerro de la Silla  
en cifra y en abstracción:  
medida de mis escalas  
escala en mi inspiración.”  
(Constancia poética, p. 466).

No muchas veces más visitó don Alfonso su ciudad. Pero cada vez que lo hizo, mostró en alguna forma su dilección y su orgullo filial. En 1953 y en 1957 fue conferenciante huésped de la Universidad Autónoma de Nuevo León, leyendo en ambas ocasiones textos memorables: Trayectoria de Goethe y Vestimenta romántica de la historia. En 1949, con motivo de su participación como invitado especial en el Primer Congreso de Historiadores de México y de los Estados Unidos, celebrado en Monterrey, distinguió a la revista Trivium órgano del Departamento de Humanidades del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, dejándole para su publicación su conferencia Mi idea de la historia. En esa misma ocasión dedicó al propio Instituto, subsede del mencionado Congreso, esta variante de su famosa cuarteta al Cerro de la Silla:

“Quién estuviera en tu giba,  
oh gran cerro mitológico,  
para admirar desde arriba  
al famoso Tecnológico.”

Hechos demostrativos, por otra parte, de su preocupación e interés por el desarrollo cultural de Monterrey, sobre todo en su base educativa universitaria.

Los hechos y los textos anteriores, a pesar de la enunciación sucinta de los primeros y del carácter fragmentario de los segundos, no dejan lugar a dudas respecto a la hondura de la vinculación cordial de don Alfonso Reyes con Monterrey, anticipando la evidencia que de ella tendrá el lector cuando disfrute la lectura de los poemas.

Para terminar, sólo unas brevísimas indicaciones para una mejor comprensión de su poesía.

I. Primeramente, el modo como asume don Alfonso el ejercicio poético, prácticamente desde sus inicios:

“Yo comencé escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma...”

(Huellas, nota inicial, 1922).

Programa fiel y conscientemente cumplido hasta el momento de su muerte,

II. Aunque aparentemente la poesía constituye una parte menor dentro de la vastísima obra de don Alfonso —historia, teoría y crítica literaria, relato, crónica, drama, ensayo— es, sin embargo, como lo señala Federico de Onís, la esencia de la totalidad y la realización más perfecta de su estilo. “En ella se funden de manera indivisible lo clásico y lo moderno, lo culto y lo popular, lo personal y lo universal, y se dan en variedad sorprendente todas las vetas de su alma sencilla y completa abierta a toda emoción.”

(Alfonso Reyes, en Páginas sobre Alfonso Reyes, 1946-1957, UANL, Monterrey, 1957).

III. Hay que considerar asimismo el oficio, el dominio técnico —siempre bajo el imperio del número—, dentro del cual cabe ese amplio registro estilístico que jamás deja de buscar la exacta adecuación con temas y motivos y es revelador al mismo tiempo de la apertura selectiva del poeta para incorporar a modalidades tradicionales y aun populares, como el romance, la décima o el soneto, estructuras más libres, ajustadas a aquella respiración del alma de que hablaba Cocteau, al ritmo y la música de su emoción. Es fácil observar que no

sólo no rehuye el lenguaje de todos los días —por ejemplo, las expresiones infantiles en los poemas relativos a su niñez— sino que incluso a lo “ramplón” —término del mismo don Alfonso— sabe darle carácter afectivo, elevándolo así al plano de lo poético.

IV. Después de la lectura de los poemas reunidos en este libro, se verá que entre ellos y muchos de los textos en prosa aquí utilizados, hay, como se señaló al principio, una exacta correspondencia, al grado que bien puede hablarse de un sistema de luces iluminadoras de unos con respecto a otros. Esto se podría ilustrar profusamente con ejemplos admirables tanto de Albores como del Diario. Pero es preferible que el lector, después de su inmersión en los poemas en verso, se sienta motivado para ir a la obra en prosa —cargada igualmente de poesía—, y dé el primer paso en un conocimiento más completo de la vida y la obra del más ilustre de los hijos de Monterrey.

Quede aquí finalmente mi cordial felicitación a BANCAM por esta hermosa edición, ilustrada con los espléndidos dibujos —poesías lineales— de Carmen Parra.

ALFONSO RUBIO Y RUBIO

Monterrey, agosto de 1984.